

MUÑOZ, Jacobo: *Filosofía y resistencia. Intervenciones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 220 págs.

La generación de los nacidos en la década de los 40 supuso para la filosofía española un vuelco irreversible, dejando definitivamente atrás la escolástica hasta entonces imperante, cómplice del nacionalcatolicismo, y abriendo el pensamiento hispano al repertorio de tendencias vigente en la escena filosófica mundial. Entre los estertores de la dictadura franquista y los años, difíciles pero colmados de esperanza, de la Transición, irrumpen un puñado de jóvenes filósofos cuyo empeño compartido —emulador del que en el primer tercio del siglo propusiera Ortega y que una cruenta guerra civil frustró de manera trágica— fue, justamente, el de homologar el trabajo reflexivo llevado a cabo aquende los Pirineos al practicado en el resto del planeta. Pudo hablarse entonces, también entre nosotros, de *neonietzscheanos*, de *analíticos* y de *marxistas*. Sano pluralismo que, sin por ello omitir la deuda con algunos, escasos pero selectos, predecesores (Manuel Sacristán, José Luis López Aranguren, José María Valverde o Emilio Lledó), proclamaba el *aggiornamento* inequívoco de la filosofía española. Cuanto vino después tiene en ese designio su momento fundacional.

A esa constelación de *padres fundadores* pertenece Jacobo Muñoz. Como autor de obras decisivas (*Lecturas de filosofía contemporánea* [1978] o *Figuras del desasosiego moderno* [2002]), pero también en tanto que traductor de clásicos de la filosofía (Husserl, Wittgenstein, Heidegger, Lukács...) y la literatura (le debemos versiones castellanas de textos de Heinrich Böll o Peter Weiss) contemporáneas, director de colecciones editoriales... y, por supuesto, como catedrático de filosofía —en la actualidad emérito— de la Complutense. Si define su perfil académico la atención sostenida a la producción filosófica del siglo XX (ante todo, las formas de pensamiento que, oriundas de planteamientos marxianos, nunca han dejado de apostar por un horizonte liberador, muy en particular las de cuño frankfurtiano; pero también otros desarrollos más proclives a la reflexión epistemológica o la meditación sobre el lenguaje), su retrato intelectual obliga a añadir dos rasgos cardinales: en primer término, un compromiso ético-político que subyace a todas sus exploraciones histórico-filosóficas y que se resuelve en una adhesión inquebrantable a la promesa emancipatoria de una humanidad reconciliada consigo misma; en segundo lugar, la preocupación por el aspecto formal de la escritura que le ha llevado a un resuelto alejamiento de la neutralidad tonal de la prosa académica para reivindicar —sumándose a una excelsa tradición en la que descuellan nombres propios como Georg Simmel, Georg Lukács, Theodor W. Adorno o Walter Benjamin— las virtua-

lidades de la forma-ensayo. (Una de las contribuciones del libro, significativamente titulada “Reivindicación del ensayo”, hace su apología en consciente oposición al “escaso aprecio del género en los endurecidos y convencionales medios ‘académicos’ de ayer y de siempre” [p. 163].)

Tal es la trayectoria intelectual en que ha de inscribirse *Filosofía y resistencia*, última entrega en la producción de Jacobo Muñoz. Podría decirse que el objetivo animador de esta recopilación está magistralmente condensado en su propio título (también en el subtítulo, *Intervenciones*, que homenajea al maestro Adorno): ante un escenario de acentuada crisis civilizatoria (las páginas del Prefacio glosan lo intrincado de sus aspectos constitutivos: político, social, económico, ecológico, alimentario, demográfico, poscolonial y global), la tarea del pensamiento no puede ser otra que elaborar la “etnología interna de nuestra cultura y nuestra racionalidad” (p. 11), resultando para ello imprescindible reactivar “el ejercicio de resistencia [que] ha sido siempre connatural a la propia filosofía” (ibid.), orientada, desde Sócrates a Foucault, a poner en solfa los *dioses* (humanos, demasiado humanos) de la ciudad. Ese talante permite trazar un primer deslinde entre las filosofías: por un lado, aquellas que, servilmente, someten su esfuerzo categorial a la glorificación del orden establecido, en una interesada confusión de facticidad y posibilidad (axiomática leibniziana: sea cual sea su consistencia óptica, el mundo existente es el mejor de los posibles); por otro, las que nunca sacrifican la exigencia del ideal a los obscenos requerimientos de la *doxa* prevaleciente. Al afán crítico de estas últimas solo le es connatural un imperativo: “la lucidez, el verdadero objetivo del filosofar” (p. 19). Junto al de *resistencia*, el de *lucidez* probablemente sea el sustantivo más reiterado en las páginas del libro.

De ello deriva una percepción, dolorida en su agudeza, del carácter *terminal* de un mundo cuyo máximo, por no decir único, principio es el nihilismo consumado. Muñoz no ahorra al lector el dramatismo en la adjetivación, insistiendo en que vivimos un mundo “astillado”, “fragmentado”, “desmembrado” o “hecho añicos”. El escándalo de nuestro presente filosófico consistiría, ante todo, en la abdicación del pensamiento posmoderno que, renunciando a las armas de la crítica (poco importa, a la postre, si lo hace con un cinismo escéptico o con la exultante celebración del imperio de lo fragmentario), se pliega incondicionalmente a una barbarie travestida de triunfo civilizatorio. *Filosofía y resistencia* no vacila en proclamar que, de la mano de sus más aclamados teóricos (Quine, Rorty, Vattimo), la posmodernidad filosófica conduce a la *autoliquidación de la filosofía*. Nada de *pensiero debole*.

Muy al contrario, se trata de invocar lo mejor de una tradición milenariamente consagrada a la elaboración de un pensamiento *fuerte*, cuyos dos pilares —respectivamente, ontológico y filosófico-práctico— son una concepción holista de vocación cosmovisional, “un mapa del mundo” (p. 21), y la “autoconsciencia clara de los fines de la vida y de los medios para alcanzarlos” (p. 22).

¿Retorno, pues, de la *gran filosofía* en irreductible antagonismo con respecto al escepticismo que se autoproclama posmoderno? Así es, aunque con algunas salvedades. En primer término, la reformulación del proyecto de la gran tradición filosófica ha de evitar la tentación de incurrir en la *hybris* de un sistema dogmático, difícilmente ajeno al autismo de una racionalidad que se pretende todopoderosa en su capacidad omniexplicativa: recuperación, sí, de las categorías rectoras del pensamiento clásico (verdad, objetividad, racionalidad, realidad), pero en clave de conceptos regulativos. A continuación, renuncia a la *philosophia perennis* en tanto que proyecto metahistórico que, identificando la mirada del filósofo con el ojo de Dios, se instala en una presunta eternidad; en modo alguno, el esfuerzo filosófico —el trabajo del concepto— jamás puede prescindir de la exigencia de pensarse históricamente. En tercer y último lugar, se impone la ruptura con cualquier forma de fundamentalismo intelectualista, de modo tal que el proyecto reconstructivo reclama de la filosofía un diálogo con otros ámbitos de la creación cultural y, muy en particular, con la literatura, hermanada con el pensamiento en la identidad compartida de ser “un precipitado de la historia, una forma viva, intensa, compleja y apasionada de elevar la historia a consciencia” (pp. 121-122).

Del segundo de esos requerimientos dan buena cuenta los cuatro primeros capítulos del libro, agrupados bajo el lema *Por una nueva Ilustración*. A ellos corresponde, en lo esencial, la definición del ambicioso programa que *Filosofía y resistencia* promueve. Proponen una contralectura del devenir de la Ilustración que, hostil a su enterramiento apresurado a cargo de los diferentes posmodernismos, simpatiza con tesis habermasianas. La Modernidad no puede identificarse ni con el dispositivo generador de omnímoda barbarie al que la reducen los profetas del pesimismo civilizatorio ni con el triunfo de la racionalidad y la justicia ensalzado por los creyentes, a decir verdad cada vez más escasos, en el progreso inevitable de la especie. Su naturaleza es, más bien, la de un claroscuro donde conviven notables logros emancipatorios (Estado de derecho y del bienestar; derechos humanos; ideal democrático; cosmopolitismo...) y la hegemonía del *homo oeconomicus* que, tras quebrar la unidad sustantiva de la razón en esferas independizadas (ante todo, la cognitiva, la

moral y la estético-expresiva), somete la vida –"La vida, en una palabra: el único trascendental verdadero" (p. 168)– humana al dictado de la mercancía y el consumo programado. Así las cosas, es obligado excluir tanto un adiós definitivo a la apuesta ilustrada cuanto la aceptación, resignada o autocomplaciente, de su ambivalente trayectoria histórica. Ni lo uno ni lo otro; Muñoz invita a transitar una tercera senda que, viendo en la Ilustración un proyecto truncado o inacabado, retome lo mejor de su propuesta y reinvente su potencial liberador.

A la tercera exigencia –receptividad del concepto filosófico a la palabra literaria– responden buena parte de los breves ensayos recogidos en la tercera sección, pero que representa la mitad de su extensión, del volumen (*Itinerarios*). (Completan la obra otras dos bloques más breves: *¿Universalidad o eurocentrismo?* acoge dos trabajos consagrados, respectivamente, a una revisión crítica de la tentación etnocéntrica –y la reaparición de lo religioso como poderoso agente en las luchas políticas del presente– y a la reconsideración del proyecto europeísta a la luz de las exigencias mayores de una racionalidad que no por europea se quiere eurocéntrica; el *Anexo* recoge, por su parte, un análisis temprano –1976– del franquismo como variante hispana del fascismo.) Destacamos aquellos textos que exploran parajes filosóficos donde el pensamiento no se disocia de la pasión poética (como ocurre en las aproximaciones a George Santayana o María Zambrano) o que interrogan, directamente, creaciones literarias (la novelística de Grass o la lírica de Cernuda). Es en esas páginas donde parece abrirse camino una oscura intuición –consiéntase el oxímoron–, la de que, habitando el orden de la escisión, pese a todo nos es dado atisbar otro orden, un orden esencialmente *otro*, el del *anhelo de lo absolutamente Otro*. Muñoz lo formula al hilo de un comentario sobre Cernuda: "Solo en el poeta, en el acorde, que en contadas ocasiones le es dado experimentar, en el tiempo vivido, puede darse un atisbo fugaz de visión en unidad del Ser disperso, de fusión con él" (p. 175). Al lector de *Filosofía y resistencia* le tienta la idea de que esa fe lírico-metafísica subyace, en su *pathos* afirmativo, al ejercicio de negatividad crítica inherente a un pensamiento definido por la resistencia lúcida.

No es la tensión entre negatividad del ejercicio crítico y vocación de afirmación absoluta la única que asoma en la obra. La recorren otras, como la que se da entre la vindicación de un pensamiento categorialmente *fuerte* y la adhesión a la escritura ensayística, o la que enfrenta el saldo escéptico de una conciencia lúcida a la esperanza insobornable de Absoluto. Buena ocasión para reconocer que la filosofía vive

de zozobra y tensión, de inquietudes y desasosiegos. Entre las muchas virtudes de *Filosofía y resistencia* se cuenta el habérselo recordado.

*Alberto Sucasas*

[sucasas@edu.xunta.es](mailto:sucasas@edu.xunta.es)